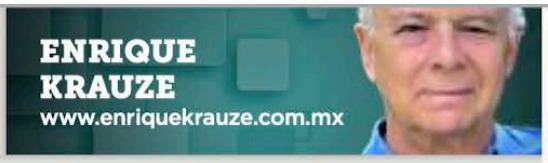
Para rescatar al INE, solo queda la protesta civil pacífica en todo el país.



El INE de la ignominia

El Instituto Nacional Electoral ha sido el último bastión de la democracia mexicana. El régimen de inspiración totalitaria que nos gobierna está dispuesto a liquidarlo. Los ciudadanos no lo debemos permitir.

Antes de su captura en el año 2023, el IFE (ahora INE) era el orgullo de los ciudadanos. Cada tres años decenas de millones, hombres y mujeres, votaron ordenadamente. Y centenares de miles entre ellos, personas de distintas edades, participaron como garantes de la voluntad popular. Con toda seriedad, después de conocer las reglas, funcionarios civiles y observadores atendieron las casillas, verificaron las credenciales, contaron los votos, asentaron los resultados en las actas, estamparon su firma. Sabían que ese modesto ritual se replicaba en pueblos, plazas y ciudades en el país. Y eran conscientes de que, con la renovación de los ayuntamientos, los congresos y gobiernos estatales, y los poderes Legislativo y Ejecutivo federales, se decidía la marcha de la nación para el siguiente periodo constitucional. El INE era la mejor escuela de democracia: no la predicaba, la enseñaba, ejerciéndola.

Hasta 1997, a lo largo del siglo, México no conoció el ejercicio cabal de la democracia. Puede decirse que las últimas elecciones libres habían ocurrido en 1911, cuando llegó a la presidencia Francisco I. Madero que fue conocido desde entonces como el Apóstol de la Democracia. "Estoy más orgulloso por las victorias obtenidas en el campo de la democracia que por las alcanzadas en los campos de batalla", dijo aquel hombre sencillo y recto que bajo el lema de "Sufragio efectivo, no reelección" había sembrado la esperanza de un gobierno libre y justo. Solo quince meses duraría aquella aurora en la que México gozó de las más plenas libertades –comenzando con la de expresión–, ensayó la división de poderes y un respeto absoluto del Ejecutivo a los gobiernos estatales. La sociedad civil mexicana no supo defender ese gobierno libre, que finalmente cayó por un golpe de Estado.

Duele mucho admitirlo, pero el ciclo se ha repetido en nuestro tiempo. A partir de las elecciones de 2024, se ha llevado a cabo un silencioso, pero no menos letal golpe contra el orden democrático. Desde entonces, el INE desvirtuó su misión y adulteró su desempeño porque adoptó los colores, la ideología, los intereses del régimen. Algún día conoceremos a profundidad hasta qué grado y mediante qué oscuros pactos y subterfugios, los resultados oficiales de la contienda presidencial torcieron la voluntad popular. Lo que sabemos ya es que el INE capturado otorgó a los partidos oficiales una representación en la Cámara de Diputados mayor a la que les dio la voluntad popular. Lo que también sabemos es que, acto seguido, la presidencia del instituto avaló el carnaval electoral –la farsa patética de los acordeones– que destruyó al Poder Judicial mexicano y, con él, el orden republicano heredado desde las constituciones liberales del siglo XIX. Y lo que sabemos finalmente –con una certeza puntual, irrebatible– es el grado inaudito de corrupción al que llegó la presidenta del INE (no mancho la página con su nombre) y su entorno.

Esta degradación debería cesar. La Cámara de Diputados tiene la responsabilidad histórica de designar, de manera transparente y colegiada, a una persona intachable para presidir al INE. De ese modo México podría salvar su democracia que hoy está en terapia intensiva.

Por desgracia, es casi impensable que ocurra. Habiendo exhibido una cínica prepotencia al negar las evidencias delictivas de los funcionarios del INE, el régimen promoverá la designación de una presidencia dócil, lo cual terminará por destruir la legitimidad del instituto y enlodará no solo el próximo proceso electoral sino los subsiguientes. Para todos los efectos prácticos, con un árbitro vestido de los colores oficiales, el INE habrá sido liquidado.

En ese caso, no quedará otro camino que forzar su reconstitución mediante la protesta pacífica en todos los rincones del país. La sociedad civil reaccionó gallardamente en tiempos de Madero. Y de nueva cuenta en Chihuahua en 1986. Debe reaccionar ahora. De no hacerlo perderemos un tiempo valiosísimo. Pero aun en ese caso extremo, no debemos desesperar. En la experiencia histórica de México, la libertad avanza siempre acicateada por el agravio. Y el agravio crecerá con cada elección amañada. Los ciudadanos no olvidarán a este INE de la ignominia. Y aunque cueste años, recobrarán el derecho a elegir en libertad a sus gobernantes.